


NOE

1583
Tlatelolco

Sahagún

Solaestoy, solaestoy, canta la torcaza.
Una mujer ofrece flores a una piedra hecha pedazos:
–Señor –dice la mujer a la piedra–. Señor, cómo has sufrido.
Los viejos sabios indígenas ofrecen su testimonio a fray Bernardino de Sahagún: "Que nos dejen morir", piden, "ya que han muerto nuestros dioses".
Fray Bernardino de Ribeira, natural de Sahagún: hijo de san Francisco, pies descalzos, sotana de parches, buscador de la plenitud del Paraíso, buscador de la memoria de estos pueblos vencidos: más de cuarenta años lleva Sahagún recorriendo comarcas de México, el señorío de Huexotzingo, la Tula de los toltecas, la región de Texcoco, para rescatar las imágenes y las palabras de los tiempos pasados. En los doce libros de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Sahagún y sus jóvenes ayudantes han salvado y reunido las voces antiguas, las fiestas de los indios, sus ritos, sus dioses, su modo de contar el paso de los años y de los astros, sus mitos, sus poemas, su medicina, sus relatos de épocas remotas y de la reciente invasión europea... La historia canta en esta primera gran obra de la antropología americana.
Hace seis años, el rey Felipe II mandó arrancar esos manuscritos de manos de Sahagún, y todos los códices indígenas por él copiados y traducidos, sin que dellos quede original ni traslado alguno. ¿Dónde habrán ido a parar esos libros sospechosos de perpetuar y divulgar idolatrías? Nadie sabe. El Consejo de Indias no ha respondido a ninguna de las súplicas del desesperado autor y recopilador. ¿Qué ha hecho el rey con estos cuarenta años de la vida de Sahagún y varios siglos de la vida de México? Dicen en Madrid que se han usado sus páginas para envolver especias.
El viejo Sahagún no se da por vencido. A los ochenta años largos, aprieta contra el pecho unos pocos papeles salvados del desastre, y dicta a sus alumnos, en Tlatelolco, las primeras líneas de una obra nueva, que se llamará *Arte adivinatoria*. Luego, se pondrá a trabajar en un calendario mexicano completo. Cuando acabe el calendario, comenzará el diccionario náhuatl–castellano–latín. Y no bien termine el diccionario...
Afuera aúllan los perros, temiendo lluvia.

1583
Acoma

El pedregoso reino de Cíbola

El capitán Antonio de Espejo, que había hecho grande y rápida fortuna en la frontera de México, ha acudido al llamado de las siete ciudades de oro. Al mando de unos cuantos jinetes guerreros, ha emprendido la odisea del norte; y en vez del fabuloso reino de Cíbola ha encontrado un inmenso desierto, salpicado muy de vez en cuando por pueblos en forma de fortalezas. No hay piedras preciosas colgando de los árboles, porque no hay árboles como no sea en los raros valles; y no hay más fulgor de oro que el que arranca el sol a las rocas cuando las golpea duro.

En esos pueblos alzan los españoles su bandera. Los indios todavía no saben que pronto serán obligados a cambiar de nombre y a levantar templos para adorar a otro dios, aunque el Gran Espíritu de los hopis les anunció hace tiempo que una nueva raza llegaría, raza de hombres de lengua bifurcada, trayendo la codicia y la jactancia. Los hopis reciben al capitán Espejo con ofrendas de tortillas de maíz y pavos y pieles; y los indios navajos, de la serranía, le dan la bienvenida trayéndole agua y maíz.

Más allá, en lo alto del cielo purpúreo, se alza una fortaleza de roca y barro. Desde el filo de la meseta, el pueblo de los ácomas domina el valle, verdoso de maizales irrigados por canales y represas. Los ácomas, enemigos de los navajos, tienen fama de muy feroces; y ni Francisco Vázquez de Coronado, que anduvo por aquí hace cuarenta años, se atrevió a acercarse.

Los ácomas danzan en honor del capitán Espejo y ponen a sus pies mantas de colores, pavos, choclos y pieles de venado.

De aquí a unos años, se negarán a pagar tributos. El asalto durará tres días y tres noches. A los sobrevivientes les cortarán un pie de un hachazo y los jefes serán despeñados por el precipicio.



“Canto nocturno”, del pueblo navajo

Casa hecha de alba,
casa hecha de luz del atardecer,
casa hecha de nube oscura...
La nube oscura está en la puerta
y de nube oscura es el sendero que asoma
bajo el relámpago que se alza...
Dichoso, pueda yo caminar.
Dichoso, con lluvias abundantes, pueda caminar.
Dichoso, entre las muchas hojas, pueda caminar.
Dichoso, por el rastro del polen, pueda caminar.
Dichoso, pueda caminar.
Que sea hermoso lo que me espera.
Que sea hermoso lo que dejo atrás.
Que sea hermoso lo que está debajo.
Que sea hermoso lo que hay encima.
Que sea hermoso todo lo que me rodea
y en hermosura acabe.

1586
Cauri

La peste

La gripe no brilla como la espada de acero, pero no hay indio que pueda esquivarla. Más muertes hacen el tétanos y el tifus que mil lebreles de ojos de fuego y bocas de espuma. La viruela ataca en secreto y el cañón con gran estrépito, entre nubes de chispas y humo de azufre, pero la viruela aniquila más indios que todos los cañones.

Los vientos de la peste están arrasando estas comarcas. A quien golpean, derriban: le devoran el cuerpo, le comen los ojos, le cierran la garganta. Todo huele a podrido.

Mientras tanto, una voz misteriosa recorre el Perú. Anda pisando los talones de la peste y atraviesa las letanías de los moribundos esta voz que susurra, de oído en oído: "Quien arroje el crucifijo fuera de casa, volverá de la muerte."



1588
Quito

El nieto de Atahualpa

Sudan oro las columnas, arabescos y follajes de oro; oran los santos de oro y las adoradas vírgenes de dorado manto y el coro de ángeles de alitas de oro: ésta es una de las casas que Quito ofrece al que hace siglos nació en Belén, en paja de pesebre, y murió desnudo.

La familia del Inca Atahualpa tiene un altar en esta iglesia de San Francisco, en el retablo grande del crucero, al lado del evangelio. Al pie del altar, descansan los muertos. El hijo de Atahualpa, que se llamó Francisco como su padre y el asesino de su padre, ocupa la tumba principal. Dios ha de tener en la gloria al capitán Francisco Atahualpa si Dios escucha, como dicen, los pareceres de los que mandan con mayor atención de la que presta a los alaridos de los mandados. El hijo del Inca supo ahogar los alzamientos indígenas en el sur. El trajo a Quito, prisioneros, a los caciques rebeldes de Cañaribamba y Cuyes y fue recompensado con el cargo de Director de Trabajos Públicos de esta ciudad.

Las hijas y las sobrinas de Francisco han venido a instalar la imagen de santa Catalina que un escultor de Toledo, Juan Bautista Vázquez, ha tallado para que luzca en lo alto del altar de los Atahualpa. Alonso, el hijo de Francisco, envió la imagen desde España; y la familia todavía no sabe que Alonso ha muerto en Madrid mientras santa Catalina atravesaba la mar rumbo a esta iglesia.

Alonso Atahualpa, nieto del Inca, ha muerto en prisión. Sabía tocar el arpa, el violín y el clavicordio. Sólo vestía trajes españoles, cortados por los mejores sastres, y hacía mucho que no pagaba el alquiler de su casa. Los hidalgos no van presos por deudas, pero Alonso fue a parar a la cárcel, denunciado por los sastres, los joyeros, los sombrereros y los guanteros más importantes de Madrid. Tampoco había pagado la talla que su familia está ubicando ahora, entre guirnaldas de oro, en el dorado altar.

1588
La Habana

San Marcial contra las hormigas

Las rapaces hormigas siguen mortificando gentes y socavando paredes. Talan árboles, arrasan labranzas y engullen frutas y maíces y carne de distraídos. En vista de la ineficacia de Simón, santo patrono, el cabildo elige, por unanimidad, otro protector.

La ciudad promete que cada año celebrará su fiesta y guardará su día. San Marcial es el nuevo escudo de La Habana contra los embates de las hormigas bibijaguas. San Marcial, que hace tres siglos fue obispo de Limoges, tiene fama de especialista; y se le atribuye gran influencia ante el Señor.

1589
Cuzco

Dice que tuvo el sol

Tieso entre las sábanas, Mancio Serra de Leguízamo descarga la conciencia. Ante notario, dicta y jura:

–Que hallamos estos reinos de tal manera que en todos ellos no había un ladrón, un hombre vicioso, ni holgazán, ni había mujer adúltera ni mala...

El viejo capitán de Pizarro no quiere irse del mundo sin decir por primera vez:

–Que las tierras y montes y minas y pastos y caza y maderas y todo género de aprovechamientos estaban gobernados o repartidos de suerte que cada uno conocía y tenía su hacienda, sin que otro ninguno se la ocupase ni tomase...

Del ejército que conquistó el Perú, don Mancio es el último sobreviviente. Hace más de medio siglo, él fue uno de los que invadieron esta ciudad sagrada del Cuzco, saquearon las joyas de las tumbas y las casas y a golpes de hacha arrancaron las paredes del Templo del Sol, tan cuajado en oro que sus resplandores daban color de difunto a quien entraba. Según dice, recibió del botín la mejor parte: el rostro de oro del sol, con sus rayos y llamas de fuego, que reinaba, inmenso, sobre la ciudad y enceguecía a los cuzqueños a la hora del amanecer.

Don Mancio se jugó el sol a los naipes y lo perdió en una noche.

1592
Lima

Un auto de fe en Lima

El viento se lleva las cenizas de tres ingleses luteranos, capturados en la isla de Puná. A uno de ellos, Henry Oxley, lo han quemado vivo porque no quiso renegar de su fe.

Flamea el humo en el centro de un círculo de altas lanzas, mientras delira el gentío y el Tribunal del Santo Oficio dicta penas de azotes y otros dolores y humillaciones.

Varios sufren castigo por casados dos veces o por la simple fornicación y otros delitos en razón del pecado de la carne. Son condenados, por solicitantes de monjas, un fraile dominico, un franciscano, un agustino y un jesuita. Juan de la Portilla, soldado, por jurar por las orejas de Dios. Isabel de Angulo, mujer de soldado, porque para que la quisiesen los hombres recitaba en voz baja las palabras de la Consagración. Bartolomé de Lagares, marinero, por afirmar que siendo soltero y en pagando, no se comete pecado. Lorenzo de la Peña, barbero, que porque le quitaban a su mujer el asiento en la iglesia, dijo que si aquello pasaba así, no había Dios.

Sale con mordaza rumbo a diez años de cárcel el sevillano Pedro Luis Enríquez, por haber afirmado que llevando un gallo a un campo donde no hubiese ruido de perros, cortándole la cabeza a medianoche se hallaba dentro una piedrezuela como una avellana, con la cual refregándose los labios, la primera mujer hermosa que se viese, en hablándola, moriría de amor por quien esto hiciese, y que matando un gato en el mes de enero y metiéndole una haba en cada coyuntura y enterrándolo, las habas que así naciesen, yéndolas mordiendo, mirándose a un espejo, tenían virtud de hacerlo a uno invisible; y porque declaró que era cabrón y saludador, y que en señal de ello tenía una cruz en el pecho y otra en el cielo de la boca, y refirió que en la prisión veía resplandores y sentía suavísima fragancia.

1593
Guarapari

Anchieta

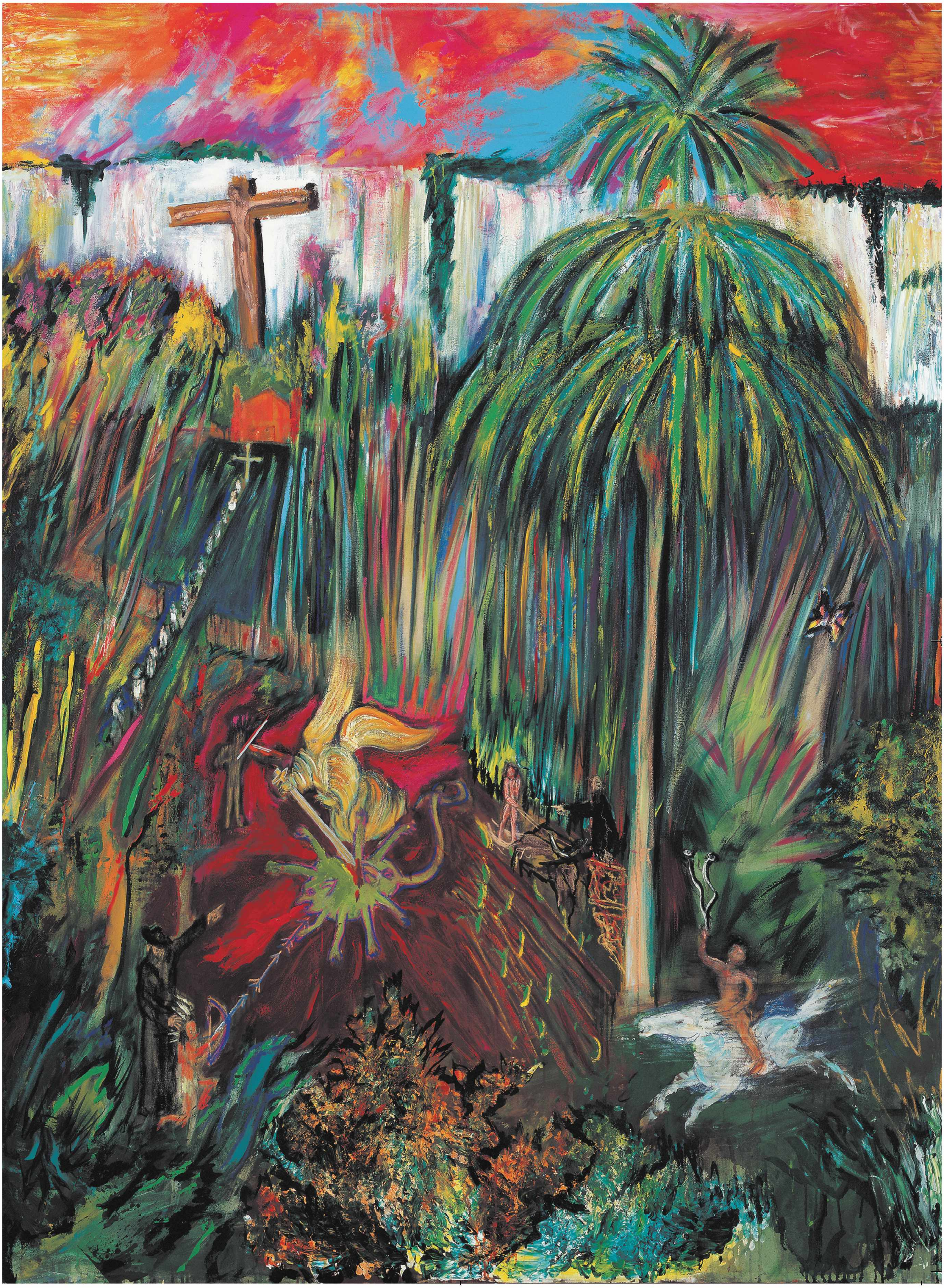
Ignacio de Loyola señaló el horizonte y ordenó:

–¡Id, e incendiad el mundo!

José de Anchieta era el más joven de los apóstoles que trajeron el mensaje de Cristo, la buena nueva, a las selvas del Brasil. Cuarenta años después, los indios lo llaman caraibebé, hombre con alas, y dicen que haciendo la señal de la cruz Anchieta desvía tempestades y convierte a un pez en un jamón y a un moribundo en un atleta. Coros de ángeles bajan del cielo para anunciarle la llegada de los galeones o los ataques de los enemigos, y Dios lo eleva de la tierra cuando reza, arrodillado, las plegarias. Rayos de luz despide su cuerpo enclenque, quemado por el cinturón de cilicio, cuando él se azota compartiendo los tormentos del hijo único de Dios.

Otros milagros le agradecerá el Brasil. De la mano de este santo haraposo han nacido los primeros poemas escritos en esta tierra, la primera gramática tupí-guaraní y las primeras obras de teatro, autos sacramentales que en lengua indígena trasmiten el evangelio mezclando personajes nativos con emperadores romanos y santos cristianos. Anchieta ha sido el primer maestro de escuela y el primer médico del Brasil y ha sido el descubridor y el cronista de los animales y las plantas de esta tierra, en un libro que cuenta cómo cambia de colores el plumaje de los guarás, cómo desova el peixeboi en los ríos orientales y cuáles son las costumbres del puercoespín.

A los sesenta años, continúa fundando ciudades y levantando iglesias y hospitales; sobre sus hombros huesudos carga, a la par de los indios, las vigas maestras. Como llamados por su limpia y pobretona luminosidad, los pájaros lo buscan y lo busca la gente. El camina leguas sin quejarse ni aceptar que lo lleven en redes, a través de estas comarcas donde todo tiene el color del calor y todo nace y se pudre en un instante para volver a nacer, fruta que se hace miel, agua, muerte, semilla de nuevas frutas: hierve la tierra, hierve la mar a fuego lento y Anchieta escribe en la arena, con un palito, sus versos de alabanza al Creador de la vida incesante.



1596
Londres

Raleigh

Bailarín del tabaco, artificiero fanfarrón, sir Walter Raleigh echa por la nariz víboras de humo y por la boca anillos y espirales, mientras dice:
–Si me cortan la cabeza, ella caerá feliz con la pipa entre los dientes.
–Apestas –comenta su amigo.
No hay nadie más en la taberna, salvo un esclavito negro que espera sentado en un rincón.
Raleigh está contando que ha descubierto el Paraíso Terrenal en la Guayana, el año pasado, allá donde se esconde la Manoa de oro. Se relame recordando el sabor de los huevos de iguana y cierra los párpados para hablar de las frutas y las hojas que jamás caen de las copas de los árboles.
–Escucha, colega –dice–. Esa obra tuya, la de los jóvenes amantes... Sí, ésa. En aquellos bosques, ¡qué maravilla! La ubicaste en Verona y huele a encierro. Te equivocaste de escenario, querido. Aquellos aires...
El amigo de Raleigh, un calvo de ojos pícaros, sabe que la tal Guayana es un pantano con el cielo siempre negro de mosquitos, pero escucha en silencio y asiente con la cabeza, porque también sabe que Raleigh no le está mintiendo.

1597
Sevilla

En un lugar de la cárcel

Fue herido y mutilado por los turcos. Fue asaltado por los piratas y azotado por los moros. Fue excomulgado por los curas. Estuvo preso en Argel y en Castro del Río. Ahora está preso en Sevilla.

Sentado en el suelo, ante la cama de piedra, duda. Moja la pluma en el tintero y duda, los ojos fijos en la luz de la vela, la mano útil quieta en el aire. ¿Valdrá la pena insistir? Todavía le duele la respuesta del rey Felipe, cuando por segunda vez le pidió empleo en América: Busque por acá en qué se le haga merced. Si han cambiado las cosas desde entonces, han cambiado para peor. Antes tuvo, al menos, la esperanza de una respuesta. Desde hace tiempo el rey de negras ropas, ausente del mundo, no habla más que con sus propios fantasmas entre los muros de El Escorial.

Miguel de Cervantes, solo en su celda, no escribe al rey. No pide ningún cargo vacante en las Indias. Sobre la hoja desnuda, empieza a contar las malandanzas de un poeta errante, hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.

Suenan tristes ruidos en la cárcel. No los oye.

1598
Potosí

Historia de Floriana Rosales, virtuosa mujer de Potosí
(en versión abreviada de la crónica de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela)

Por la grande hermosura que desde la cuna manifestaba como tierna y bella flor, y por ser Ana el nombre de su madre, la bautizaron Floriana.

Ejercitada siempre en la virtud y recogimiento de su casa, la bellísima doncella excusaba el ver y ser vista, pero esto mismo encendía más el deseo de los pretendientes que desde que cumplió doce años la rondaban. Entre ellos, los que con mayor eficacia permanecían en la solicitud eran don Julio Sánchez Farfán, señor de minas, el capitán don Rodrigo de Albuquerque y el gobernador del Tucumán, que por aquí pasó yendo hacia Lima y por haber visto a Floriana en la iglesia se quedó en Potosí.

Por puro despecho, viéndose rechazado, el gobernador del Tucumán retó a duelo al padre de Floriana, y en un paraje de manantiales sacaron espadas y entrambos se acuchillaron hasta que unas damas, con no poco valor, se metieron de por medio.

Ardió en iras Floriana al ver a su padre herido y determinó satisfacer por su mano aquel agravio. Envió a decir al gobernador que a la siguiente noche le esperaba en cierta tienda, donde sin ningún testigo quería hablarle.

Púsose el gobernador una rica gala, que en esto era vanísimo, vicio abominable en los hombres que han cursado en la escuela de Heliogábalo, de quien dijo Herodiano que menospreciaba la vestidura romana y griega por ser hecha de lana y la traía de oro y púrpura con preciosas piedras a lo persiana, como refiere Lampridio. Puntualmente estuvo el gobernador, ataviado de exquisitas telas, y a la hora señalada apareció Floriana trayendo entre las bellas flores de su rostro el venenoso áspid de sus enojos. Sacando una ancha y bien afilada navaja que traía en la manga, como una leona arremetió a cortarle la cara diciéndole muchos baldones. Con la mano rebatió el tajo el gobernador y mostró una daga. Advirtiendo Floriana su riesgo, le arrojó a la cara un envoltorio de mantas, tras lo cual tuvo lugar de empuñar a dos manos un grueso tronco que allí le deparó su fortuna. Tan grande golpe le dio que cayó redondo el gobernador del Tucumán.

Con gran pesadumbre y sobresalto, los padres de Floriana trataron de esconderla en su casa, mas ya no fue posible. El corregidor, máxima autoridad en asuntos de justicia y policía, vino a toda diligencia, y no pudo hacer

otra cosa Floriana más de subir a su cuarto y arrojarse por la ventana a la calle. Quiso Dios asirle el faldellín de un madero que sobresalía del marco de la ventana, y quedó ella pendiente con la cabeza abajo.
Una criada que conocía a don Julio Sánchez Farfán y sabía que amaba a su señora, le dijo que fuese al callejón que estaba a las espaldas de las casas y viese si Floriana andaba por allí, porque había rato que se arrojó por la ventana. Mas como el capitán Rodrigo de Albuquerque viese hablar en secreto a don Julio con la criada, fuele siguiendo hasta el callejón.
Llegó don Julio a punto que la afligida Floriana, que buen tiempo llevaba colgada, con ansias mortales pedía ya favor diciendo que se ahogaba.
Acercóse el amante caballero y extendiendo los brazos tomóla de los hombros y tirándola fuertemente cayó con ella al suelo.
En esto acudió el capitán Rodrigo, y con palabras de enamorado cubrió con su capa a Floriana y la levantó. Viéndolo así don Julio, ardiente en celos se puso de pie y sacando un puñal embistió al capitán diciéndole era traidor villano. Herido de muerte en el pecho, cayó en tierra el capitán pidiendo confesión, oyendo lo cual Floriana maldijo su fortuna y los padecimientos de su honra y se marchó a toda prisa.
Púsose Floriana en hábitos de india para ausentarse de esta villa de Potosí, mas cuando estaba por montar en una mula no faltó quien avisase al corregidor, que vino al punto para ponerla en prisión. Cuando el corregidor vio a Floriana, el niño ciego que llaman Cupido le atravesó el corazón con terrible flecha, de parte a parte. Tomóla, anhelante, de las manos, y la llevó a palacio.
Dadas las diez de la noche, hora en que había de ir a la alcoba del corregidor, Floriana ató una soga al balcón y se descolgó hasta ponerse en manos de don Julio, que la esperaba debajo. Dijo la doncella a don Julio que antes de dar un solo paso le hiciese juramento de seguridad en su persona y pureza.
Viendo el caballero el peligro que corrían, pues ya se había descubierto la fuga, tomó a Floriana sobre sus hombros y corrió cargándola hacia la lejana plaza del Gato. Voló sobre piedras y barro, sudando y trasudando, y cuando por fin pudo sentarse a descansar y bajó a Floriana de su espalda, se desplomó repentinamente.
Juzgando fuese algún desmayo, ella puso la cabeza de don Julio en su regazo. Mas advirtiendo que era muerto, con gran sobresalto se puso de pie y huyó hacia los barrios de San Lorenzo, en el mes de marzo de aquel año de 1598. Allí permaneció escondida, decidida a guardar perpetua castidad y a seguir siendo, hasta el fin de sus días, obediente sierva del Señor.

Coplas españolas de cantar y bailar

Yo he visto a un hombre vivir
con más de cien puñaladas
y luego lo vi morir
por una sola mirada.

En lo profundo del mar
suspiraba una ballena
y en los suspiros decía:
"Quien tiene amor, tiene pena."
Quiero cantar ahora
que tengo ganas,
por si acaso me toca
llorar mañana.